

# *La noche buena de Juanito*

---

## *Jean Aicard*

**I**

-¿, Dónde está el chico, Teresa?-- preguntó a la frutera su marido el tipógrafo, que volvía del trabajo.

Estaba aquí, hace un momento, jugando a las bochas con las avellanas- dijo la frutera, cortando de un montón de manteca una hermosa rodaja gorda que brillaba a la luz de un doble pico de gas.

Los clientes se impacientaban, y Teresa demostraba el mayor celo. Y agregó, poniendo la manteca en la balanza:

-¡ Se habrá escondido detrás de las bolsas, para jugar contigo!

El obrero de manos ennegrecidas revolvió las bolsas y gritó dulcemente:

-¡ Juan, Juanito, ya te veo, sal de ahí pronto!

Esperaba oír el rumor de una risa infantil, de timbre de cristal, la linda risa de los niños, que despierta hasta en el corazón de los más viejos, un recuerdo de claro manantial.

Nadie apareció; nada se oyó.

-¡ Juan, Juan!-

Estaba hace un momento en el umbral de la puerta, jugando con un perrazo- dijo en la acera la portera de al lado, cuando Teresa, acompañando a su cliente, le abrió la puerta de la tienda.

El marido y la mujer se miraron, repentinamente inquietos.

En aquel momento ambos sintieron en el estómago algo como un sobresalto de toda su sangre espantada, y palidieron.

El tipógrafo, en la calle, gritó con todos sus pulmones:

-¡ Juan, Juan!

No era muy populosa aquella calle del gran París, vecina sin embargo de la avenida de la Opera, que le estaba prohibida al niño... ¿ Habría corrido hasta allí? Y el padre ya estaba en ella. Con una mirada que no se detenía en parte alguna, veía moverse las piernas activas de los transeúntes... a cada momento creía ver al chico.. .

Cuatro años... De este alto. Con delantal azul. ¡ De mejillas gordas, rosadas, y tan despierto! ¡ Allí está!.. no, es un perro...

¡ Oh, esta vez es él!.. no, es una niña que da la mano a una señora. El pobre padre, espantado, miró al medio de la calle. Y le pareció que sus miradas se dirigían demasiado lentamente hacia allí, como si tuvieran miedo de ver, bajo las ruedas, un guiñapo arrollado... el delantal azul... el niño aplastado...

¡ Había un poco de lodo, reflejos azulados sobre el pavimento de madera... resbaladizo! ...¡ No! nada.

Allá, abajo, creyó ver algo vivo rodando bajo las patas de un caballo... pero no era nada tampoco, nada más que una sombra en los reflejos... El tipógrafo se enjugó la frente por la que le corría un sudor frío.

-¿ Y la madre?— pensó.- Ha tenido que quedarse para cuidar la tienda... tengo que volver... Volvamos... El chico debe estar ya allí.

Y se marchó azorado, mirando a todas partes, a pesar suyo.

- El chico estará quizás... está sin duda... ¡ Detrás de las bolsas, como siempre! ¡ Ah, pillo, darnos estos sustos! ¡ Qué tontería! ¡ Le voy a dar un par de bofetones, para enseñarle! ...¡ No lo volverá a hacer!

## II

La madre lo había abandonado todo.

Subió la calle Richelieu, corriendo en línea recta hacia adelante, tropezando con los transeúntes, rozando las ruedas de los coches, y como si estuviera segura de no encontrar al niño sino mucho más lejos.

-¡ Me lo han robado!¿ Por qué no lo dudaba? Muchas veces había tenido que andar buscándolo un rato por la vecindad, pero aquella vez se lo habían robado;¡ estaba segura! Algo se lo decía.¡ Oh, sí! Se lo habían llevado en uno de, aquellos carruajes que escudriñaba con mirada brusca, inmediatamente desviada, porque los coches andan tan ligero...¿ Por qué los miraba, pues?

-¡ Los ladrones de niños, puros gitanos!- no andan nunca en coche, en París...¡ Tienen carretas!...¿ Si me estaré volviendo loca?

En el gran bulevar, en la esquina de la calle, Richelieu, se detuvo. Las filas de barracones de madera, a derecha e izquierda, formaban dos calles alegres( calles de aldea en día de feria), en las anchas aceras... La tienda de la esquina estaba llena de polichinelas de palo, de cartón, de trapo, de hojalata... de todos colores... El mercader ofrecía su mercancía infantil.

La frutera lo interrumpió en medio de su prospecto hablado, dirigido al público que lo rodeaba:

- Disculpe, y si no lo incomodo... vivo aquí al lado... soy la frutera...¿ No ha visto usted a mi hijo, por casualidad? Me lo han robado... cuatro años... delantal azul... carrillos gordos... siempre está riendo, no llora nunca... le gustarían tanto estos polichinelas...¿ No lo ha visto usted, por casualidad, pasar por aquí en un carruaje, hace un cuarto de hora?

El vendedor de juguetes la miró con compasión:

- Hay que ir a la comisaría- dijo.

La frutera pensó:

-¡ Quizá esté en casa! Mi marido lo habrá encontrado...¡ Lo ha encontrado seguramente!

Y volvió, en efecto, mirando por todos lados el pavimento de la calle resplandeciente. Le parecía que era un río sucio, de agua espesa, y que el niño había desaparecido en él, ahogado.

### III

En la tienda encontró al marido llorando:¿ No está contigo?¡ Se ha perdido!

¡ Nos lo han robado!

Llamaron a la portera vecina, que se hizo cargo de la tienda, y corrieron a la comisaría.

- Cuatro años, señor comisario; carrillos gordos; siempre está riendo... delantal azul... Siempre se escondía detrás de las bolsas, y entonces, como usted comprende... al principio no creímos... pero no ha podido perderse! Nunca iba lejos.. .¡ Nos han robado nuestro hijo!..¡ Si usted tiene niños, debe comprender! ... tiene una señal, así, en lo gordo del bracito.

El comisario estaba conmovido. La pareja salió.

Dejaron toda la noche la tienda entreabierta, con luz. Allí estaban el padre y la madre, en medio de las bolsas, de los panes de manteca, sentados, mudos, como volando la pequeña sombra perdida, a la luz del doble pico de gas, algo baja, por economía.

No se decían palabra. Miraban hacia adelante, y en un sueño confuso, veían, en los reflejos del pavimento lodoso, ruedas de coches, pies de transeúntes... y siempre el delantalcito azul... Cuatro años... reía siempre.

Y en sus oídos zumbaba confusamente el rumor de París, compuesto del continuo rodar de los carruajes, de las pisadas de los transeúntes innumerables; ruido de voces, de risas, del sonido de los luises de oro, de las monedas de plata movidas por los jugadores y los mercaderes; rumor sordo y formidable a la vez, que la misma noche no desvanece, análogo al del océano, en que el hombre se ahoga.

#### IV

—¿Cómo te llamas?

—¡Jan!

Y Jan golpeaba una contra otra sus manitas limpiísimas.

Tenía, en efecto, mejillas sonrosadas, y un delantal azul, muy azul, nuevo flamante. ¡Estaba lavado como vajilla de rico, y lindo como un amorcillo!

Por el momento( estaban dando las doce), hallábase ocupadísimo en saquear un gran árbol de Navidad, cargado de muñecas, oropeles, lentejuelas, juguetes, pitos, panderetas, arlequines y polichinelas, sables y fusiles del tamaño del dedo, en medio de mil velitas rosadas, azules, verdes.

Jan no se había encontrado jamás en fiesta semejante.

El árbol estaba en el suelo, sobre un legítimo tapiz de Oriente, en un salón lujoso, iluminado por una araña y varias lámparas.

Y como el árbol era mucho más alto que Jan, Jan se empinaba sobre la punta de sus zapatitos gruesos con puntera de metal, y trataba, desdeñando las ramas bajas, de llegar a lo imposible.

—¡Yo quiero eso, señora!

Una senora lina, de rodillas junto a él le miraba hacer, comiéndoselo con los ojos enrojecidos por las lágrimas, y le sonreía.

- Tu mamá se va a poner muy contenta cuando le lleves todo esto, ¿no es verdad?

¡ Pero Jan no pensaba para nada en su mamá, en aquel momento! Había pensado, sin embargo, algunas horas antes, cuando la senora lina, de repente, en la acera, a tres pasos de la tienda, lo tomó en sus brazos y lo metió en el coche, gritando al cochero:

—¡ A casa!

Sí, entonces había tenido mucho miedo, y había pensado en su madre.

—¡ Mamá!

Y precisamente en aquel momento, después de haber buscado tras de, las bolsas, después de haber abierto la puerta al cliente, el padre y la madre se habían mirado, azorados, y se les había helado la sangre. ¡ Mamá! ...

—¿Quién sabe?...¿por qué no?... el grito del niño, inesperado, había sido advertido sin embargo, oído por dos corazones... Y eso¿sabéis? es un milagro menos sorprendente que el telégrafo y el teléfono...

Había gritado mamá, y la frutera había visto, visto, sí,(¡ah! qué curioso,¿verdad?) un carruaje con el niño dentro, con el niño robado!.. sí,¡Dios mío, sí, robado!

## V

La señora linda se llamaba Ana.¿ Ana qué? Ana, y nada más.¡ Pobre muchacha!¡ pobre mujer! El banquero que, iba a visitarla a floras fijas, no la amaba. Ana formaba parte de su lujo.

Era joven, realmente joven, bastante, tonta, con un cuerpo de estatua.

En provincia, donde era costurera, un teniente le había dado palabra de casamiento, la había hecho madre, y la había abandonado enseguida.

Señalada con el dedo, y no queriendo por nada de este mundo abandonar a su hijo, se había marchado a París, al barrio latino, el abismo en que todo se pierde, para vivir de su oficio de costurera.

Y durante dos años había luchado así, efectivamente juiciosa, viviendo sólo para el niño.

¡ Sí, dos años, dos hermosos años, había sido madre, y qué excelente madre!.. Trabajaba día y noche, junto a la cuna. No comía casi, ni dormía.

Trabajaba sonriendo.¡ Qué pálida es taba entonces, pero también, cuán dichosa!..¡ El niño estaba tan bien! ... Hacía, para entre tenerlo, muñecas de trapo.

Las hacía muy bien con hermosas telas, y les ponía sombreros con plumas. Un día compró a su hijo, un títere de cinco sueldos... y después... Y después.. allí estaba todavía el títere de cinco sueldos, allí estaba, todavía, en el cajón de una mes estilo Luis XV, embutida y dorada ... pero e lindo Pablito ...¡ Ah ... había muerto, cuando tenía dos años ... una nochebuena! sí, un día de fiesta, la misma noche de la fiesta de los niños Entonces,¿ qué le había importado a la madre todo lo demás?... Había aceptado una noche la invitación a cenar que, le hacía un estudiante.. Y tal era la historia de Ana.

## VI

Hacía dos años... El niño tendría cuatro.

Ya, el año anterior, para nochebuena, se había dicho:

¡ Ahora tendría tres años!

Y había comprado un arbolito de Navidad.

Su camarera fue a decir al banquero:

- La señora ruega al señor que no vaya esta noche. La señora esta indispuesta.

¡ Y Ana, sola, había encendido las velitas, y velado, llorando, la pequeña sombra muerta!

## VII

Entonces, aquel otro año, ¿comprendéis? había tenido una idea, repentina y brusca, como un rayo de luz.

- Necesito, necesitaría para esta noche(¡ Completamente sola es demasiado triste!); un niño!.. Compraría un lindo árbol... creería que mi Pablito... El niño a quien le diera tantas cosas, tendría que estar contento... y sus padres también... se pondrían muy contentos.

Luego, una idea punzante había sucedido a ésta:

- No conozco niño alguno. Y aunque lo conociera, ¿querrían sus padres prestármelo... a mí... por toda una noche?...¿ Una nochebuena, sobre todo?

Y había llorado mucho-¡ Qué tonta soy!- se decía. Y agregaba luego:

- Sin embargo, sería tan hermoso volver a vivir una noche mi vida de otro tiempo.

La pobre muchacha se sintió asaltada entonces, como por una furia, por el deseo loco de volver a experimentar los sentimientos de madre que la habían hecho tan feliz en su pobreza, tan orgullosa en su vergüenza.

Después había renunciado,« porrazón », a su proyecto de« tomar prestado, un niño.

Y sin embargo, el día de nochebuena compró un hermoso árbol, muy grande, y ella misma lo llenó de juguetes, de dulces, atados con cintas... Y se prometía encender las velitas aquella noche, cuando estuviera sola... Sacaría el pobre títere de Pablo... y se pondría a llorar!.. Esa sería su misa de media noche, algo como una misa de nacimiento y de muerte a la vez, la misa de sus recuerdos. Su simplicidad hacía que se sintiera muy religiosa, muy santificada por su intención... Recordaba las misas de inedia noche, en su villorrio, donde se rezaba de veras, donde sin embargo, se reía mucho... y donde... a la salida...¡ Oh, el amor!¡ Qué triste cosa!

He allí por qué Ana, de rodillas sobre el hermoso tapiz, miraba sonriente, con los ojos muy rojos, a Jan( que pataleaba de alegría), despojando a manos llenas, a boca llena, el árbol de Navidad, demasiado grande para él.

### VIII

Cuando hubo comido, bebido, jugado, saltado, gritado, reído, Jan lloró:

-¡ Quiero ver a mamá!

Aquello fue para Ana como un horrible despertar. Parecióle que acababa de estar loca, y que la razón le volvía bruscamente, saltando en su cabeza de la que había huido poco antes!

El reloj daba la una de la mañana.

¿ Qué hacer? ¡ Devolver el niño, devolverlo enseguida, no cabía más! Ya la comprenderían.-

¿ Conocerás la casa?

-¡ Sí, sí!

- Entonces espérame, quietito.

Al entrar en su casa se había cambiado ropa. Volvió a vestirse, se puso muy hermosa.

-¡ Verán que no soy una ladrona! ...Explicare...

Cuando volvió al salón, Jan, con ambos puños cerrados, y muy apretados como si estuviera furioso, dormía sonriendo. El títere de cinco sueldos, el títere de Pablo, dormía entre sus brazos.

¿ Qué hacer? No se despierta a un niño cuando se ama a los niños. Lo tomó suavemente, lo condujo hacia su cama, luego, de repente, giró sobre sí misma, y fue a acostarlo, hecho un ovillito, en un gran sillón.

El reloj estaba dando las seis.

Jan dormía aún apaciblemente, con sus puñitos cerrados. Entre los dedos se le veían brillar cosas: un pedazo de papel dorado, un trozo de juguete... Y el azúcar de los dulces le barnizaba el labio, que sonreía.

El títere de cinco sueldos, el títere de Pablo, dormía entre sus brazos.

Ana, sentada junto a él, velaba, y sus ojos, estaban llenos de un ensueño que nada podría expresar.

## IX

El alba se levantó descolorida sobre el París de invierno. Las tiendas iban abriéndose en la calle, donde la luz sombría era violácea. Los primeros transeúntes caminaban ligero, tiritando, oíanse castañetear los zuecos de madera sobre el pavimento.

Y en la tiendecita, siempre sentados y mudos, con los ojos fijos, como atontados, el padre y la madre... aguardaban... seguían aguardando... a cada rumor tendían el oído.

- Ahí os le traen.

-¿ Quién podría traerlo?

- El comisario.

-¿ Ah, sí, te parece que ya?...

La madre no había llorado todavía.

De repente el suave rodar de un carruaje comenzó muy al extremo de la calle desierta.

-¡ El es!- exclamó la madre.

¿ El?¿ Por qué? No lo sabía... ¡ Un carruaje!.. El marido la miró, cada vez más azorado sin dar importancia a aquel grito... El carruaje se detuvo, no muy lejos... La mujer estaba ya en la calle.

-¡ Juan, Juan!

Estalló en gritos, en sollozos, en lágrimas, en lamentaciones... Y con el niño entre los brazos se metió en la tienda, e inclinados sobre él, el padre y la madre lo hablaba a la vez, muy ligero, mientras que el niño, sin escucharlos, muy fastidiado de sus caricias que le impedían jugar, levantaba hacia ellos los bracitos cargados de cosas de colores, oropeles, juguetes y muñecas.

-¿ De dónde has sacado todo eso?¡ Ah, niño malo!

-¡ Es posible!¿ Se puede comprender lo que nos sucede?

-¡ Yo creía que nos lo habían robado!

-¡ Y yo, que lo había aplastado algún coche!

-¿ Pero qué quiere decir ese carruaje?¡ Eso decían, pero poco les importaba el carruaje!

¡ Ah, caramba! podría haberse marchado a pesar de todo, sin que dieran un paso para detenerlo... Más tarde hubieran lamentado, eso sí, no haber pedido explicaciones... pero en aquel momento: allí estaba el chico, y todo lo demás no les importaba nada!

-¿ Pero, qué carruaje será ése?

- Es el mío, señora... voy a explicarle a usted. Se volvieron.

-¡ Es mi señora lina!- gritó Jan.

¡ Ana se había convertido en la señora linda de Jan!

Los dos obreros hicieron un movimiento respetuoso, un saludo vago con todo el cuerpo, pero luego, en seguida, no se sabe en qué, ellos, que no estaban acostumbrados, reconocieron una persona...

Y el tipógrafo, sin malicia alguna sin embargo, volvió a ponerse la gorra que se había quitado maquinalmente.

-¿ Qué quiere decir eso?- exclamó Teresa con un tono en que sonaba una amenaza de verdulera que va a defender a sus hijos.

Ana volvió a empezar:

-¡ Voy a explicarle!

Y con mucha rapidez, como para salir pronto de una tarea difícil, lo contó todo, todo, cándidamente, con brevedad, todo su pasado entero, su primer amor, su falta... Le parecía que se le desahogaba el corazón, en una confesión que la lavaba de culpa... Dios mío, sí, había conservado, a pesar de todo, ideas religiosas, ideas de la infancia, que, a veces, le volvían... Terminó diciendo:

-¡ Estaba como loca... Hay que perdonarme, verdad es que debía haber pensado en la madre... en el padre... es cierto!...¡ Perdónenme!.. fue una locura...

El niño les dirá. No le ha faltado nada. Estaba contentísimo... Ha dormido bien... El árbol está ahí, en el carruaje... ¿ Me perdona, señora? ¿ Me perdona, señor?

Ana lo pidió con mucha timidez. Sentía la cólera que comenzaba a servir en el interior del hombre... El tipógrafo, en efecto, ante el recuerdo de todas las angustias de aquella noche, apretaba los dientes... crispaba un tanto los puños.

-¿ No me perdonan?- repitió la infeliz, espantada, sin fuerzas ya, sintiendo, en una sola angustia, todos sus dolores juntos.¡

Y después de todo iba a perderle!..¡ Aquel niño había sido suyo durante una noche, e iba a separarse de él para siempre!

Teresa tampoco estaba contenta. Ya iba a decir:

-¡ Salga de aquí, señora!¡ No se roban niños!

Pero precisamente en ese momento, Jan, transportado por repentino júbilo al ver entrar en la tienda su árbol de Navidad llevado por el lacayo, saltó hacia su señora Ana, y empujándose sobre la punta de los pies y con los brazos tendidos, parecía querer abrazarla y besarla!

-¿ Permite usted, señora, que le dé un beso?-- dijo Ana.

Y en su voz temblorosa había tanta súplica, vergonzosa, punzante, que la frutera, inclinándose bruscamente, tomando a su Juanito y arrojándoselo en los brazos, exclamó:

-¡ Habrá que venir a verlo alguna vez... Con todo, es usted una buena muchacha!